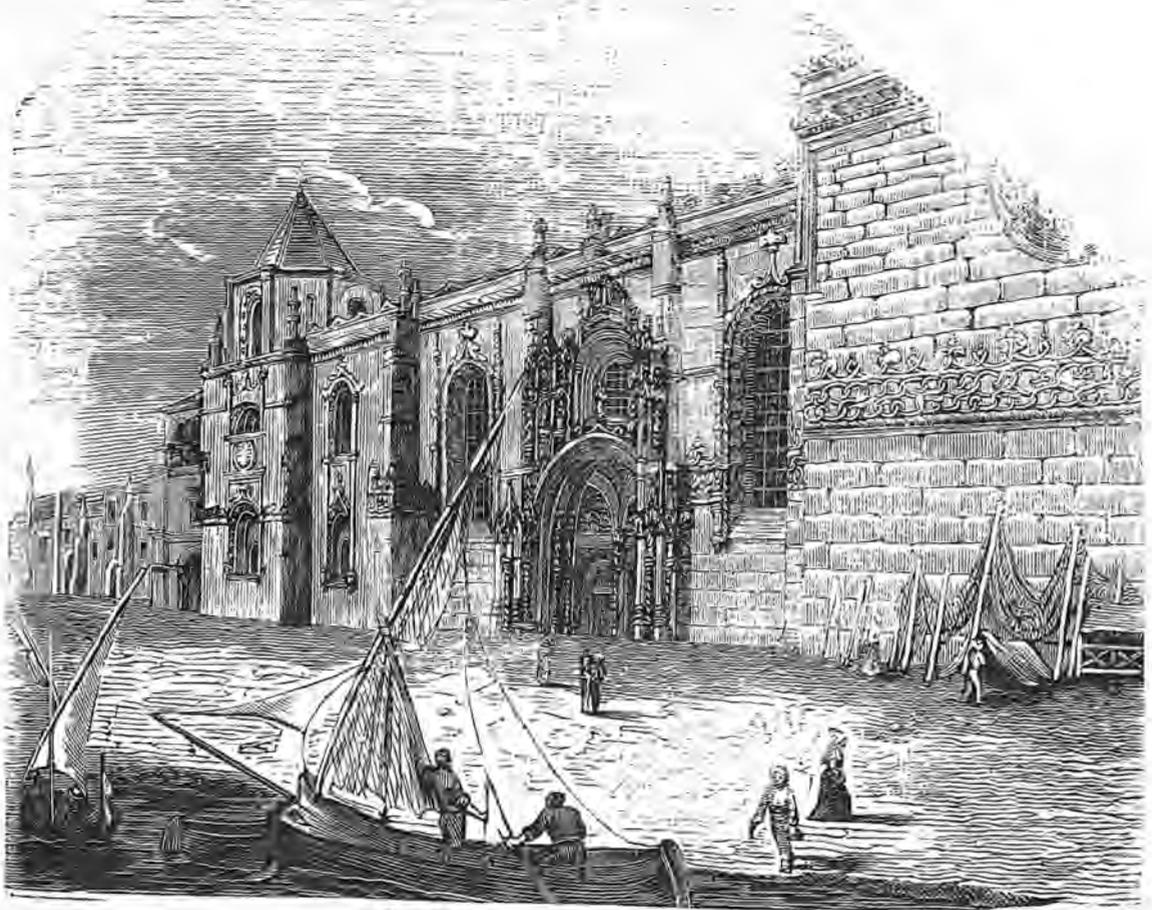


VIAJES.



(Vista del monasterio de Belem, en Lisboa.)

IMPRESIONES DE VIAJE A LISBOA Y SUS CONTORNOS. (I)

ARTICULO IV.

Monumentos religiosos en Lisboa



serven al culto en Lisboa, como pudiera hacerlo un inves-

(1) Véanse los números 27, 30, 43, 46 y 47 del *Semanario* de 1845.

TOMO I.—NUEVA EPOCA.—JUNIO 21 DE 1846.

SEGURAMENTE que el lector (si tuvo como es de suponer en este caso la paciencia necesaria para llegar hasta aquí, siquiera soñoliento y cabizbajo, merced á nuestra larga y mal delineada narracion), no esperará que le describamos metódica, razonada y artísticamente uno por uno los edificios que

tigador perito en la materia, contando con espacio suficiente para tan vasta y encumbrada empresa, harto superior en verdad á los débiles hombros nuestros, que trabajosamente soportan el peso de una pluma, mojada en la tinta de aqueste siglo fugaz, salpicando impresiones acá y allá, á guisa de brocha de jaspeador, y escribiendo breves notas de viaje para uso de peregrinos de blusa y casquete, de imberbes mozos de espuela, y de mareantes de proa y de cubierta.

Ni podía ser tampoco de otro modo, aun cuando la andante aristocracia del dinero, que es hoy la mas valida, se dignára bajar su vista hasta nosotros, oscuros y modestos escritores: porque las dimensiones de la obra que emprendimos, el objeto á que principalmente se dedica y la notoria incompetencia del autor en las doradas regiones del arte monumental vedado á los profanos, con-

sentian escasa holgura á tal proyectó, si lo hubiésemos abrigado alguna vez; creyendo preferible y mas del caso, que introduzcamos al público curioso bajo las augustas bóvedas de este ó de aquel templo, segun á nosotros plazca, sin tener en memoria para nada las fechas, las categorías, las órdenes ni trazas.

Estamos ciertos con todo eso, de que experimentará gusto cumplido con la lectura de este artículo quien ame los recuerdos que se consignan en mármol, y los rasgos que imprime una época entera en el fuste de una columna ó en el friso de una portada, pues cualquiera que sea la forma de nuestra pedestre referencia, tenemos por imposible dejar de herir ciertas fibras del alma al solo nombre de una mole vasta y sagrada que asienta en la corte vecina, y cuya pintura por somera que la tracemos, deberá llenar diversas páginas y ocupar quizá todo el capítulo.

Si despues de examinado este por algun *aristarco* severo, no encontrase una razon de los monumentos religiosos de Lisboa, tan cabal y perfecta como su antojo le dicte, cúltese á sí propio y no mas, pues nosotros cumplimos con dar de este ramo, así como de los otros, una idea general; y de las causas que á ello nos muevan no está bien pedirnos cuenta, habiéndolas repetido hasta la saciedad, á riesgo de ser importunos.

Para continuar aplicando aquel invariable pensamiento que preside al opúsculo actual, empezaremos aqui por confesar con lisura castellana, que ignoramos á punto fijo cuantas son las iglesias de Lisboa, dudando si deberemos inclinar el ánimo hácia el aserto de un viajero francés que fija su número en 214, y de ellas 40 parroquias, 99 capillas, y 75 templos de conventos; ó habremos de apreciar en mas la afirmación de otro alemán, que las hace subir bajo una suma á 210; 26 mas que el anterior. Sea de esto lo que quiera, pues no las fuimos contando, ni aun vimos muchas de ellas; por las que recorrimos nos atrevemos á confirmar la especie vertida por un autor reciente, que halla pocas dignas de especial mención, y observa que los reyes lusitanos no han dispensado á las del interior de su metrópoli toda la proteccion que pudieron durante sus gobiernos, prefiriendo gastar sumas inmensas en los grandes monasterios de *Mafra*, *Alcobaca*, *Belem* y *Batalha*, que son por cierto á nuestro modo de ver una recordacion viva y perenne de las antiguas glorias portuguesas, y han merecido por lo tanto con sobrada causa esta muestra señalada de justa prelación sobre los templos de Lisboa, la mayor parte de los cuales nada significa por lo que mira á su origen, sino el laudable anhelo de aquellos poderosos monarcas y de los grandes y dignatarios civiles y eclesiásticos de la corte, porque no careciesen de espiritual consuelo y pasto divino las diferentes clases de poblacion tan vasta y numerosa.

Un español descubre fácilmente grande analogía entre las iglesias de Portugal y las nuestras, ya se atienda á la forma de los retablos, ya al ornato de las paredes, á la estructura de los utensilios, y hasta á los mas insignificantes pormenores; mas no por eso deja de chocar bien pronto la absoluta carencia de buenos cuadros y estâtnas nacionales ó extranjeras, cuando en las diferentes

provincias de la Península Ibérica abundan tanto los unos y las otras, aun despues de la *gloriosa* revolucion que atravesamos, siempre propicia durante sus repetidos *desahogos* á la estraccion erecida y vergonzosa de las producciones artísticas de todo género, que pasan por centenares á llenar los Museos de quien mejor las aprecia y más las paga. Verdad es que la falta de objetos de pintura y escultura es allí general, como diremos adelante; porque sobre no haber abundado el país vecino en genios de esta especie, le ha cobijado tambien la desgracia de ver perecer, á consecuencia del terremoto de Lisboa en 1755, y del incendio del antiguo Palacio, cuanto poseian en varios puntos guardado con esmero.

De aquí resulta para el admirador extraño un hastio inevitable al penetrar bajo los pórticos de los edificios religiosos; porque á fuerza de recorrer sus amplias naves en vano y de mirar á todas partes sin lograr que repose el espíritu en una obra maestra de esas que embelesan los ojos y la mente del viajero en otros pueblos, llegan á mortificarnos de veras los templos de la corte lusitana, y casi apartamos el rostro de las gradas del presbiterio, cual pugnaba Cano al morir porque alejasen de su lecho el crucifijo torpemente esculpido, prefiriendo una cruz sencilla y sola.

De alabar es, no obstante, el buen orden y la compostura con que acude el pueblo á la celebracion de los augustos misterios, situándose á respetable distancia entrambos sexos, y ocupando el femenino por lo regular los costados del templo á lo largo de las capillas y altares, que se dividen del resto de la iglesia por una balaustrada de elevacion suficiente á marcar los límites del terreno respectivo, conforme á la loable costumbre de aquella nacion sesuda y grave.

En las grandes solemnidades cubren el crucero y los pilares de sus edificios sagrados con profusa muchedumbre de cortinajes, colgaduras, lazos, cintas y galones de vivos y opuestos colores, que ofuscan la vista del extranjero y prestan á las altas bóvedas y graves columnatas una apariencia fantástica, que desdice mucho de la lobreguez misteriosa de las basílicas españolas, realizada cuando mas en las fiestas mayores con sendas piezas de terciopelo carmesi que visten sus muros, alternando severos estos ornatos con la plata y el oro. Empero (sea dicho en elogio de la ciudad de Lisboa) fuerza es confesar que ni carecen de gusto, novedad y helleza sus *alcázaras*, como allí las llaman, y que prueban siempre la pompa y alavio que está pronta á desplegar la nacion portuguesa en cuanto redunda en gloria de la majestad de Dios, á la que tributan humilde homenaje.

Entre las iglesias que recomendará al curioso un apasionado de Lisboa, si tiene la fortuna de hallarlo dispuesto á dedicar en su obsequio el tiempo que pase en tan agradable escursión, estamos seguros de que le citará desde luego como dignas de visitarse la *Sé* ó *Catedral*, la *Concepcion vieja*, la *Capilla de San Juan en San Roque*, el *Corazon de Jesus*, *San Vicente de Fora*, las *ruinas del Carmen*, los *Mártires*, y quizá tambien *Graca*, *Lolos*, los *Paulistas*, *San Bento* y la iglesia del convento de las *Necesidades*, sin que se escape á su

memoria, por flaca que sea, colocar al fin de esta lista con grandes encomios el real monasterio de *Belem* á orillas del Tajo, con sus edificios contiguos, anexidades y pertenencias.

Nosotros opinamos que es acertada en su mayor parte la designación anterior, y si bien parece oportuno suprimir la reseña de algunos de aquellos templos, ó por poco importantes, ó por otra causa, conduciremos al lector á los mas notables, y abrirá la marcha con justísimos títulos el último de los referidos, que es el real monasterio de *Belem*, la primera y mas bella página religiosa y profana de la historia monumental portuguesa con relacion á su noble metrópoli.

Siguiendo la márgen derecha del rio, casi una legua mas abajo de la antigua ciudad de Lisboa (sin embargo de abrigarse actualmente en sus muros) fundó el infante D. Enrique de Portugal una ermita bajo la advocación de Nuestra Señora de *Belem* ó *Bethelém* y la donó á la orden de Cristo, de la cual era maestro y administrador, con la obligación precisa de asistir con pronto socorro espiritual á los muchos navegantes nacionales y extranjeros, que en aquel punto anclaban, por ser muy seguro y acomodado para los buques que pasaban la barra con ánimo de permanecer, y para aquellos que se preparaban á largos viajes despues de algunos dias de reposo en tan buen fondeadero. Mas adelante se transfirió su dominio á la corona, y entonces fué cuando en el gobierno del ilustre rey D. Manuel, de loa y remembranza eternas, pasó ante el altar que hoy está á la derecha, entrando por el pórtico á los pies de la iglesia, toda la noche del 7 al 8 de julio de 1497, velando y orando acompañado de sus capitanes *Vasco de Gama* (el héroe invicto del gran *Camoëns*) que oyendo misa y saliendo procesionalmente en union de varios sacerdotes de la ciudad y de algunos *freires* del convento de *Tomar*, residentes allí á la sazón, se embarcó al punto para su inmortal descubrimiento de las Indias, segun nos canta con admirable armonía en robustos y sonoros versos el sin par poeta lusitano.

Bien fuese por este solo recuerdo, bien por unir á tal memoria el deseo de que fueran mas amplios y efectivos los servicios y la hospitalaria asistencia que recibiesen allí los marinos de todas las naciones, y los moradores de aquel suburbio, resolvió D. Manuel fundar un monasterio en el mismo lugar, y dando en cambio á la orden de Cristo otra linea (de que nos ocuparemos despues por ser un templo notable) tuvo por bien donar el primero á la orden de San Gerónimo á 22 de diciembre de 1498, otorgándola los derechos todos que disfrutaban los caballeros de Cristo, é imponiendo á los monjes la obligación de celebrar diariamente una misa por el alma de D. Enrique, fundador primitivo de aquella casa, con la cláusula expresa de que el sacerdote al ir al *Lavabo*, se volviese al pueblo y encargase en voz alta que rogara á Dios por el subreferredo infante, y por el rey donador. Y siendo aceptadas aquestas cargas, tomaron los frailes posesion de la capilla y comenzó la obra del monasterio á 21 de abril del 1500.

Nos hemos detenido en pormenores tan minuciosos,

y será preciso que lo hagamos tambien en la descripción de la obra y en su estado actual, porque sin duda ni vacilacion alguna puede asegurarse, que nada hay en Lisboa que se parezca á esta fábrica, ni nada que encierre tan copiosa abundancia de ideas históricas, monumentales y artisticas, segun hubimos de manifestar en el ingreso de este propio artículo, y es fuerza reiterar aqui para descargo de nuestra conciencia.

Cuando el monasterio de *Belem* se fundó, era aquella época de anarquía artistica, que comenzando á ver harto severas y graves las lineas perpendiculares del género mas ó menos propiamente llamado *gótico* introducido por los bárbaros con el cristianismo en su terrible invasion, aspiraba entonces á dulcificar los miembros sencillos de la arquitectura ojival, aplicando á ellos reminiscencias moriscas de las recién conquistadas mezquitas, y acercándose por entre los follajes grotescos y mascaronicillos á tocar de nuevo las bases de las columnas romanas, puesta que la aurora naciente de Italia, la invención de la imprenta y otras muchas causas, que no son por cierto de este lugar, ni tampoco de nuestra incumbencia, iban reconciliando poco á poco á los profesores de las nobles artes con las antiguas ruinas de la ciudad de los césares.

Es bien sabido que tal época de transición recibió con aplauso materiales de todos los campos; y de entre tan varia y confusa mezcla surgió este estilo que llaman unos *morisco-bizantino*, otros *gótico normando*; y no faltan portugueses, que observando á D. Manuel el Grande y á los arquitectos de su tiempo ocuparse de una manera constante en la edificación de muchos insignes monumentos de este género, se atreven apellidarle *Manuelino*, citando á *Belem* por ejemplo, á *Santa Cruz* en Coimbra, la *Concepción vieja* en Lisboa, *San Francisco* en Evora, la *Peña* en Cintra, y otras construcciones en *Batalha*, *Tavira*, *Serpa*, etc.: bastantes, á la verdad, para dar algun fundamento á aquel dictado.

El real monasterio de *Belem* debe, pues, considerarse como una repetida y correcta aplicación de los principios en que se funda el órden arquitectónico enunciado arriba; si es que *orden* puede llamarse á tal estilo, cuya perfección y belleza absoluta no proclamaremos ciertamente, pero cuyos preciosos detalles acomodados á las diversas piezas de aquella fábrica suntuosa nos estasian y embebecen por extremo.

No hay una noticia positiva que pueda iluminarnos sobre el primer arquitecto de esta casa; y los mas verídicos cronistas de ella se contentan con señalar al célebre *Juan del Castillo*, como encargado de la bóveda del crucero de la iglesia, despues de la muerte del rey fundador.

Cuéntanse á este propósito varias anécdotas que encarecen el mérito de esta obra atrevida, y hay quien dice del mismo Juan del Castillo, sectario decidido del *renacimiento*, que así que hubo alzado los pilares hasta las impostas de los arcos, desapareció sin cerrar la bóveda presentándose disfrazado al cabo de algunos años, y ofreciéndose á continuar como lo hizo; descubriendo en seguida su verdadero nombre, oculto hasta aquel punto

para ver si hallaba competidores que á tocar su traza se atreviesen, y por dejar tambien su reputacion en buen lugar, si la rotonda no quedaba completamente firme. Castillo trabajó en *Alcobaca* en tiempo del rey D. Manuel, antes de venir á *Belem*, y puede decirse que fué el grande arquitecto ambulante de Portugal, porque su nombre se encuentra unido á todos los edificios mejores de aquella edad; como son los ya citados, y el mismo que nos ocupa, que basta sin recurrir á los demas, para acreditar su pericia y enaltecer su osadia.

Dos partes principales hay que estudiar en *Belem* como en cualquiera edificio, si lo juzgamos en globo: la interior y la exterior. Esta última se goza mejor por el frente meridional, que comprende toda la estension de la capilla mayor, crucero, cuerpo de iglesia, pórtico moderno y alguna parte del convento. La interior abraza las naves de la iglesia, capillas, coro y sacristia, con las demas habitaciones del monasterio; y el admirable patio y claustro contiguo al templo, que es, á no dudarlo, la pieza de mas efecto para el curioso viandante.

El material de que se formó el edificio es la piedra calcarea blanca, tan abundante en las cercanias de Lisboa, y que tan bellas propiedades posee; entre otras la de trabajarse fácilmente, endurecerse al contacto del aire, y presentar con el transcurso del tiempo ese color amarillento, esa *frente tostada*, como la llama *Soussa*, al decir de otro portugués amante de las glorias de su patria. La iglesia con el crucero y el monasterio en gran parte, exceptuando la capilla mayor y el pórtico que está á los pies de aquella, reconocen una misma época y son de los primeros tiempos. A los lados de la puerta inferior del templo, se proyectaron y comenzaron á elevar dos torres, cuyos cimientos existen, pero cuya alzada no pasa de la general del edificio en una de ellas, y se continúa en la otra, que está á la parte del Sud, únicamente hasta los artesones que debian cerrar la bóveda del campanario, que sirve de base á la cúpula.

El lienzo general de este lado por toda la longitud de la iglesia presenta muy nobles proporciones, y una grandeza imponente en las formas. La pared se interrumpe á trechos por amplisimas ventanas, cuyos ornatos y delicadas labores, molduras, guirnaldas y festones, dan mucho que admirar al extranjero. La fábrica se apoya en gruesos botareles que rematan sobre el techo en airozas torrecillas, no acabadas en su mayor parte, coronadas algunas con la esfera armilar, en oportuna consonancia con una balaustrada de piedra que corre encima del tejado y le encubre enteramente; guardando tambien armonia con una ancha franja de esortijados arabescos que ríñe el muro del crucero y el de la iglesia á media altura. Sin disputa hallamos lo mejor de todo el frente exterior del monasterio que vamos describiendo, la bellissima portada lateral del templo, que está entre dos enormes estribos un poco mas abajo del crucero.

Dentro del espacio que comprende un grande arco de vuelta entera, muy bien cincelado y con esculturas de medio relieve en todo él, se abren dos arcos de curva muy chata, cuyo centro es un pilar acompañado de columna; y en su capitel asienta la estatua del infante Don

Enrique, armado de todas armas, al que cercan en sus nichos de ambos lados las efigies de los doce apóstoles con sus repisas y doseletes; por cima de todo, y de la guarnicion exterior del arco se venera una figura de Nuestra Señora con el título de *los Reyes*, exornada mas en grande con el propio aparato; terminando el cuerpo referido con una ventana central á la que rodean igualmente doce estatuas de santos menores que los de abajo; y por cimera al nivel de la balaustrada del tejado, corona la portada el arcángel San Miguel.

Es tal la armonia del conjunto y tal la gentileza de cada una de las partes componentes de esta magnifica fachada, que desde el mismo carroage en que fuimos á visitar aquel nombrado monasterio, hubo de llamarnos extraordinariamente la atencion, y nuestro placer subió de punto, cuando apeados á corta distancia, contemplamos la detenida y prolija ejecucion de las diversas labores que contiene, cual si fuesen en cera modeladas.

¡Lástima grande que tan bizarros cuerpos de arquitectura se vean oscurecidos en cierto modo por la disonancia que produce el aspecto del pórtico interior de la iglesia, colocado á los pies de la misma, y ofreciendo un contraste marcado con todas las otras reparticiones de la fachada del Mediodia! Manos muy torpes asentaron por desgracia en 1699 los cimientos de aquel pesado armatoste, que encubriendo la portada principal del templo y todo el lienzo fronteró al altar mayor, con un vestíbulo abajo, y con un ridiculo pasadizo del convento al coro en el cuerpo de encima, estorbaron que los admiradores del Real Monasterio gozasen á su sabor de la que debió ser mejor y mas digna pieza de toda la obra.

Mas, entremos al fin por este vestíbulo, y dejando á un lado el altar referido y el oratorio del Señor *Jesus de los Navegantes*, descubriremos al frente la portería del convento, y á la derecha la puerta principal de la iglesia, que dá en rostro desde luego al observador entendido.

Compónese de un solo arco abatido, con talones en toda su circunferencia, y en las enjutas muy exornadas con guarniciones, hay practicados ocho nichos, cuatro á cada lado, con angelitos. Arriba sustentan dos querubines las armas de Portugal, y sobre ellas está una escultura con el *Nacimiento de Cristo*, teniendo á entrambos lados un poco mas bajo la *Anunciacion* y *Adoracion de los Reyes*. A derecha é izquierda de la misma puerta, cubiertos por doseletes, asientan sobre capiteles de fustes enroscados, en medio de dos nichos de santos, los bultos del rey *D. Manuel* y de su muger *Doña Maria*, viva cuando la puerta se hizo. Ambos estan de rodillas al natural, y se juzga que son los retratos mas parecidos de aquellos Principes; el uno de los cuales tiene á sus pies la esfera armilar, y la otra el escudo partido de Portugal y Castilla. Sigüense á la parte de afuera dos botareles en cada costado, y en ellos otras muchas repisas, nichos, estatuas y figurillas. Algunas de estas, lo mismo que varios de los adornos yacen mutilados desde el tiempo en que se labró el malhadado vestíbulo.

Al penetrar en la iglesia no se goza de la sorprendente

te impresion que despues produce, porque el techo del coro encubre sus bastas y elevadas bóvedas; si bien la de aquel tiene mucho mérito y puede al momento recrearse el viajero en las difíciles curvas de sus arcos, y en los arcosones, floreteados en los puntos de interseccion con la esfera del fundador y la Cruz de la *orden de Cristo*. A derecha é izquierda por bajo del mismo coro, hay cuatro capillas; y de ellas solo puede citarse la de *San Leonardo* que está á la diestra, por contener la imagen del santo, regalada al rey D. Manuel por el papa, y varias efigies y reliquias que fueron de la capilla del desgraciado *D. Sebastian*, el cual por su testamento hecho en Lisboa á 13 de junio de 1578, mandó se conservasen en el *Monasterio de Belem*, antes de partir para Africa. Mas allá, junto á una de las paredes de la capilla de *San Leonardo*, se muestra un sarcófago vaeo y no acabado que el rey *D. Pedro II* mandó hacer para encerrar el cuerpo de su infeliz hermano *D. Alfonso VI*. Parte de la bóveda del coro es moderna, porque en el terremoto de 1755 se quebrantó la fabrica antigua por este punto.

Apenas sale el curioso de los limites que ocupa el techo del mismo, recibe suma expansion y contemplamiento á la vista de la iglesia toda que se desartolla á sus ojos y aparece dividida en tres naves, cuyo largo fijan algunos en 198 pies por 34 de ancho las tres unidas; y su techumbre, que es una bóveda abatida, se sostiene por solos seis pilares polístilos, de base circular, cuatro mas delgados en el cuerpo del templo, y dos mas fuertes que separan el crucero. Nada hay mas nuevo y original que estos pilares, cubiertos de ocho columnillas de medio relieve que surcan toda su longitud, interceptada en tres puntos por otros tantos cordones de piedra que las dividen en cuatro cuerpos, y en los intervalos de las columnas se descubren profusamente labrados con extraordinaria diligencia figuras humanas, génios, monstruos, pájaros, florones, peces y grotescos de tan fantástica y caprichosa estructura, que hubieron de llamar vivamente la atencion del *Baron Taylor* en 1836, cuando recorria la Europa en busca de preciosidades artisticas por orden del gobierno francés, y mandó vaciar en yeso los dichos pilares mas gruesos hasta la altura de cincuenta palmos y hasta la de treinta y ocho los otros pequeños.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.

HISTORIA NATURAL.

Los Coprólitos.

Nada hay en la historia natural, mas digno de nuestra curiosidad, que aquello que nos presta una luz sobre los antiguos animales, á quienes tan solo conocemos por sus débiles restos, y nos les presenta vivos y discurriendo por la tierra, del mismo modo que á los actuales. Un estudio asiduo sobre los detalles abandonados ó no comprendidos hasta ahora, viene cada dia á enriquecer con algun nuevo monumento, los tesoros de la erudicion

geológica; y nada hay por vulgar y trivial que en estos tiempos aparezca, que cuando se trata de esas épocas pasadas no remonte su interés al mayor grado de elevacion, si echamos de ver el gran valor de las cuestiones, que hacen retroceder la imaginacion á la contemplacion de los primitivos periodos de la tierra. Hemos tenido en diferentes ocasiones lugar de reconocer por las huellas que nos han dejado impresas sobre la tierra, la indudable existencia de estos animales: á quienes jamás alcanzó el ojo del hombre, y que estinguida tantos siglos há, no puede el geólogo satisfacerse con la certeza de su existencia, dejando en la mayor oscuridad su estructura, figura etc. Hoy, pues, indicaremos, utilizando indicios acaso vagos antes de parar en ellos la reflexion, el modo con que se ha conseguido abrir camino á una ciencia del todo desatendida; es decir, hoy daremos unas ligeras noticias sobre sus esqueletos encontrados en tan gran número en ciertos puntos y el modo con que estos se nutrian en las antiguas mares.

Es bien conocido por todos que las partes duras del animal, como los huesos y conchas, siendo las mas resistentes, son tambien tal vez las únicas, que convertidas en materias calcáreas ó silíceas, consiguen conservarse mejor; sin embargo, por características que sean, no pueden suministrarnos todos los conocimientos deseados sobre los vivientes á que han pertenecido.

Dándonos á conocer las formas de sus órganos, estas nos conducirán á descubrir la naturaleza de sus acciones, y de aquí podremos deducir la naturaleza de su organizacion, y concluir el bosquejo de su historia; pero á este régimen de las costumbres de estos animales, desde luego tan esencial, jamás podremos llegar por estos medios, sino por datos muy inexactos. Los coprólitos por el contrario, nos presentan para alcanzar la verdad un camino mas recto. Por estos materiales, bien que los intestinos de los antiguos seres se hayan descompuesto y desorganizado despues de su muerte, descubrimos cual era la constitucion de sus órganos fundamentales, qué analogías presentaban con los de las especies que actualmente viven, cuáles eran sus dimensiones, sus contornos y aun los vasos impresos sobre la superficie de sus membranas; por ellos, ya que las mandíbulas esparcidas bajo las profundidades del globo no sean capaces por sí mismas de escitar alguna simpatía hacia sus antiguos despojos, nosotros descubrimos cuáles eran estos, vamos á estudiarlos en sus esqueletos fósiles, sepultados al lado de los coprólitos, los colocamos en cierto modo entre esos dientes poderosos que en otro tiempo han devorado con tanto encarnizamiento y ferocidad, por ellos, en una palabra, nuestra imaginacion descubre al través de la inmensidad de los siglos, á los seres de aquel tiempo, dividiéndose en grupos, persiguiéndose en las aguas, y animarse toda clase de escenas del teatro de la edad primera. El célebre *Buchklauf* uno de los geólogos mas ilustres de Inglaterra, fué el primero que llamó la atencion sobre estos seres originales, desde cuyo tiempo no han dejado de ofrecer al observador científico un campo lleno de interés. En general presentan el aspecto de ratones oblongos, cuya longitud es de dos á

cuatro pulgadas ordinariamente, por una ó dos de diámetro. Su color es gris ceniciento, á veces mezclado con manchas negras y aun alguna vez del todo negro. La sustancia de estos ofrece un tegido terroso, compacto, semejante á la arcilla endurecida, y su fractura se muestra bruñida y brillante, son muy susceptibles de pulimento, y como su exterior se halla comunmente cubierto por una lámina arrollada en espiral, se puede sacar de ellos partido como adorno. En Inglaterra, principal-

mente donde estos son conocidos hace mucho tiempo á causa de lo abundantes que son, es donde mas uso hacen de ellos y donde los joyeros, principalmente en Edimburgo habian pensado hacer de ellos mesas, pupitres y pequeñas joyas á que daban el nombre de escarabajos, persuadiéndose por su forma espiral, que procedian de algun animal de esta especie. Este contorno es el que podrá conducirnos á descubrir el origen de los coprólitos.

Figura núm. 1. Con efecto, al examinar la construc-



cion de los intestinos del tiburón, se deja ver que la naturaleza á fin de economizar el lugar que este órgano ocupa en el interior de estos animales, quienes en razon de su voracidad deben tenerlo muy desarrollado, le dió la forma espiral. Esta observacion interesante habia sido ya hecha por Locke segun lo demostró por medio de diferentes piezas de la coleccion anatómica de Leyde. Poley ha tratado tambien esta materia con el mejor acierto. «En este animal, dice hablando de una especie de tiburón, el intestino es recto de un extremo al otro, pero este intestino recto y por consecuencia corto, no es en realidad mas que un conducto arrollado en forma de tirabuzón, y tan solo despues de muchas circunvoluciones en la larga carrera que atraviesa la sustancia alimenticia, consigue llegar al punto de salida. En fin, el intestino, siguiendo la lámina en espiral que lo corta en su interior, presenta una estructura análoga al tornillo de Arquimedes. Esto se advierte perfectamente vaciando el intestino de uno de estos pescados en yeso ú otra sustancia aparente, y el molde obtenido por este medio, ademas de su rollo espiral, presenta las impresiones de los pequeños vasos que tejen el órgano. Este rodete arrollado que atraviesa poco á poco en el intestino grande,

y de donde sale fuera á poco, dá vida por medio de sus fragmentos sucesivos á los coprólitos.

Su forma, dice, Buchklaud es muy semejante á la que produce una cinta de cierta estension al introducirla en un tubo por una abertura lateral: esta cinta impelida hácia el interior del tubo formaria cilindros enroscados unos sobre otros, y despues de cierto número de vueltas si todavia se le obligara á seguir la misma direccion: los cilindros en cuestion, al salir por la estremidad opuesta de tubo presentarian una disposicion enteramente semejante á la de los coprólitos. Unicamente de este modo se puede concebir como una lámina de sustancia coprolítica haya podido enrollarse sobre sí misma en una serie espiral de cilindros sucesivos, en el instante de su paso del intestino delgado á la parte del gran intestino, que le está próxima. Los coprólitos, así formados, se sumergieron en el fondo de la mar amasados entre el cieno, y cuando este vino á solidificarse para formar esquita ó piedra, sufrieron una petrificacion tan completa, que por su duracion y bello pulimento pueden rivalizar con los mejores mármoles.

La figura espiral del intestino de los animales que nos ocupan en este artículo, se deduce no solo del estudio

que se ha hecho de los coprólitos, sino de los diferentes vestigios que nos autorizan para descubrir la forma de los vasos mas ténues y delgados, plegados en la membrana mucosa que tapiza la superficie interna del intestino. Estos restos se componen de una série de impresiones y arrugas que surcan la superficie de los coprólitos, y que han debido imprimirse, durante su paso, al través de las circunvoluciones del canal plano del intestino. Esto se deja observar perfectamente en la figura núm. 2. En fin, en



cuanto á las nociones que nos suministran los coprólitos sobre la organizacion de estos animales, se dejan deducir por el lugar que las sugiere. Basta examinar con un poco de atencion estos cuerpos para descubrir en ellos los restos no digeridos que son suficientes al naturalista práctico. Este mismo método emplean hoy todavía sobre las especies vivientes cuando examinan las materias contenidas en el estómago de un animal recién muerto, á fin de determinar, sin haber tenido necesidad de espiarle para sorprenderle comiendo, cuales son los objetos de que se alimenta. Es claro que basta un solo hueso y aun una sola escama para determinar, comparándola con los fósiles conocidos, á qué animal pertenece este débil despojo. Dice el doctor Buchklaud, que habiendo enseñado á un sábio naturalista de Neuchâtel. Agassiz, un coprólito hallado entre diferentes materias calcáreas, este descubrió al momento una escama pequeña que estaba engastada en un lado, y determinó desde luego no solo que era de la especie de un pescado cuya raza se ha perdido, llamado *pholidophorus limbatus*, sino cual era su lugar sobre el cuerpo del animal, lo que verificada la colocacion indicada sobre un fósil de un *pholidophorus*, se halló perfectamente exacto. Otros coprólitos en lugar de encerrar cada uno sobre un fósil de un *pholidophorus*, se halló perfectamente exacto. Otros coprólitos en lugar de encerrar conchas, presentan pequeños huesos casi intactos, lo que nos sugiere un indicio mas de la voracidad de los anima-

les de que proceden. Esto nos ha inducido á creer que estos monstruosos animales que poblaban los mares, estaban ellos mismos encargados de guardar un equilibrio sobre su procreacion, comiéndose los mayores á los mas pequeños. De todos modos se concibe perfectamente que las formas de los coprólitos estan sujetas á tantas variaciones, á cuantas lo estan los animales de que proceden. Resta, pues, determinar á qué especie pertenece cada una de las especies de los coprólitos, cuestion sin duda interminable, si á fuerza de investigaciones, no se hubiera conseguido obtener alguno de estos seres, que sorprendidos repentinamente por la muerte han conservado en su interior coprólitos que se han petrificado con ellos. A esto se debe el descubrimiento de que los coprólitos traen su origen de diferentes pescados, todos animales carnívoros, y se advierte que tan solo el residuo de la digestion de los huesos, tienen la suficiente solidez para poderse conservar y petrificarse. Se ha observado, desde que estos fósiles han conseguido llamar la atencion de muchos naturalistas, que estos se encuentran en casi todos los paises y en todos los terrenos cenagosos. En Inglaterra fué donde primero se advirtió su presencia hace diez años, y desde entonces no ha cesado su estudio en Francia, Alemania, Rusia y los Estados Unidos. Ningun pais, sin embargo, abunda tanto de ellos como algunos puntos de la Gran Bretaña que, verosímilmente, servian en otro tiempo de fondo á golfos propios para la multiplicacion de reptiles marinos. Debemos, pues, sacar una consecuencia de la presencia y disposicion de estos coprólitos, y no es la que menos interés ofrece al filósofo; y es que estos animales, cuyos restos se encuentran tan abundantes en las entrañas de la tierra, no han atravesado este globo en una crisis tumultuosa ó instantánea, sino que han completado su vida y se han sucedido del mismo modo que los que hoy lo habitan. Así pues este argumento mas y de los mas poderosos en favor de la existencia real de estos animales, cuyos restos hemos descubierto, nos obliga á concluir que no son caprichos de naturaleza ni productos de una creacion sumamente imperfecta. Los seres, cuyos esqueletos vemos, han terminado su existencia por los medios naturales, y han sido sepultados capa por capa entre los sedimentos del mar; los osarios que se han formado así, ocupan una espesura de muchos miles de varas. ¡A que inmensidad de siglos no será necesario remontarse para llegar hasta la historia del hombre, á quien por decirlo así, le sirven de prefacio! Hé aqui la conclusion que sacará un filósofo de estos seres de un origen tan vil. Hasta tal punto, es verdad, que la ciencia en proporcion que lo aclara todo, todo lo oscurece.

REVISTA DE LA SEMANA.

Si mal no nos acordamos, hemos dicho antes de ahora que el teatro español se hallaba en un estado intermitente. Bien pudiera suceder que nuestra memoria nos fuera infiel de un modo raro y peregrino, es decir, recordán-

donos cosas que no han existido; pero como el hecho es cierto, ó tal á nosotros nos lo parece, poco importa para el caso que no lo hayamos dicho antes de ahora, basta que lo hayamos estampado á la cabeza de estas líneas, ó por mejor decir, ni basta ni sobra, pues lo mismo se está el teatro nacional sin nuestro dicho, que los españoles sin teatro nacional. Afortunadamente para unos y otros, el teatro nacional, los españoles y nuestras palabras son cosas del todo independientes, y no tienen entre sí la menor conexion ni parentesco.

Hay sin embargo una pequeña circunstancia, tal vez casual, tal vez insignificante, que excita en nosotros cierta simpatía hácia aquellos objetos: esta pequeña circunstancia es que unos y otros *solemos encontrarnos en la calle*.

Hé aquí exactamente lo que sucede alguna veces al teatro nacional, que es cuando nosotros lo suponemos intermitente. En una de esas intermitencias lo dejamos en la anterior revista. Interrumpida la accion de la vida propia de nuestros ingenios á fuerza de traducciones, que por lo general son como sinapismos ó cantáridas á la lengua patria, no sabemos qué decir de comedias que no lo eran de nacimiento, donde los personajes no tenían la moralidad que bien ó mal entendida, se exige en nuestros teatros, y en cuyos enredos y desenlaces no se encuentra esa armonía y concordancia con las costumbres de nuestro país, atrasado ó adelantado, como quieran llamarle, que hace que el teatro sea un verdadero espejo de la sociedad en que uno vive.

Hoy ya es otra cosa, si bien no muy diversa por lo que hace á la bondad que encierra. El acceso de la traducción ha pasado, ó por mejor decir, se ha interrumpido. Dos ó tres comedias originales se han puesto en escena, y por consiguiente el teatro español parece haber recobrado, al menos por unos días, esa especie de aliento y calor, que es lo que mas se asemeja á la vida.

La primera comedia original, representada la noche del 11 en el teatro de Variedades se titula, *Dos y ninguno*.

Los *dos* de que habla el título, son dos necios de capirote, el uno soltero y el otro casado, diferencia poco esencial tanto para el éxito de la pieza (pues la gracia del Sacramento influye poco en qué el último tenga mas gracia cómica que el primero) cuanto para el éxito de las pretensiones de uno y otro, que como de necios de buena ley van encarriladas por un mismo camino, y se dirigen nada ménos que á solicitar una hija de familia, la cual concluye por donde hubiera debido empezar el autor, es decir, desechando á entrambos como inútiles para hacer nada de provecho, papel de comedia inclusive, el uno por necio y el otro por casado.

Hasta aquí de caracteres y de chistes. En cuanto á versificación, estamos en distinto caso: la comedia nos ha parecido bastante bien versificada, por mas que se le haya escapado al autor algun ligero defectillo; pero esto es mas disimulable, por lo mismo que no es lo principal: no se hacen buenas comedias solo con buenos versos, las escenas son las que tienen que ser buenas, aunque los versos no lo sean tanto.

La segunda representacion ya no es comedia, sino drama, y no como quiera, sino en seis cuadros y de grande espectáculo. Llámase *Los Trabucairos*, y su autor es D. José Rodrigo. Uno de nuestros primeros críticos ha puesto reparo en el título, diciendo que debieran llamarse *trabucairos* ó *trabuqueros*, por ser mas conforme á la analogía de la lengua: nosotros le perdonáramos el galicismo, con tal que el drama fuese mediano. Eso es lo que vamos á examinar.

El primer defecto nace del mismo argumento, que por estar tomado de sucesos recientes no puede ofrecer el interés que en el teatro sostiene hasta el desenlace la curiosidad de los espectadores.

El segundo defecto consiste en el mal arreglo de la accion. No hay en los primeros cuadros obstáculo alguno que se oponga á los intentos del protagonista. No habiendo por consiguiente lucha, no hay interés. El poco que podria conservarse, al fin se desvanece completamente con dividir en dos cuadros lo que debiera solo formar uno.

Por estas faltas de artificio, no es de estrañar que el drama haya sido mal recibido, á pesar de lo muy predispuesta que se hallaba una parte del público que asistió á su representacion en el teatro de la Cruz, para aplaudirle, aunque no fuese mas que por la popularidad de que disfruta hoy ese asunto. Por lo demas, el drama está bien escrito, y la ejecucion fué tambien bastante esmerada.

El tercer drama original de que nos proponíamos hablar, se titula *Doña Juana de Castilla*, y es debido á la pluma de D. Ventura García Escobar. Este drama está escrito en verso, y como el título lo indica, su argumento está sacado de nuestra historia. Todo lo relativo á este punto nos parece bien escogido, y creemos que hay bastante semejanza en el carácter de los personajes puestos en accion.

La versificación tambien es muy regular, y solo nos parecen algo triviales, ó por mejor decir, demasiado sencillos para un drama los recursos que el autor ha puesto en juego, para llevar á cabo su pensamiento.

Es de advertir, que en medio de esta sencillez, se encargaron de desempeñar todos sus papeles los principales actores del teatro del Príncipe, y el resultado ha sido cual podia esperarse, habiendo obtenido un éxito completo el estreno de *Doña Juana de Castilla*.

En la noche del miércoles y en el Salon de Postas Peninsulares hubo una reunion poético-filarmonica en que el Sr. Cataldi, célebre improvisador italiano habló en versos correctos, y algunos de ellos de conceptos ingeniosos ó profundos con la misma facilidad que el buen *Mr. Jordan* de Moliere hablaba en prosa sin saberlo. Ronconi y su señora, Tamberlick y Marini, cantaron piezas escogidas, y la concurrencia encerraba la aristocracia del talento, de la cuna y del dinero.